

Ni subjetivo ni objetivo

José Gordon

¿Si un árbol cae en el bosque y no hay quien lo escuche, hace algún ruido? ¿Si se cierran los ojos deja de existir el mar?

“Eso es chovinismo cósmico. Una de las formas del idealismo”, piensan los objetivos.

Los subjetivos contraargumentan: “El mar seguiría existiendo en tanto que alguien lo piense, no necesariamente el ser humano”. De acuerdo con Berkeley, el mundo podría subsistir, sin nuestra mirada, si lo sostiene la mente de un espíritu eterno.

Samuel Johnson refutó estos sofisticados argumentos pateando con fuerza una roca: su pie rebotó con dolor. Ésa era la prueba de la contundencia de la materia.

Los subjetivos responden: “En un sueño también la piedra nos parece dura”. Jorge Luis Borges, siguiendo a Novalis, plantea que el más grande mago sería quien se ha embrujado hasta el punto de aceptar que sus propias creaciones son apariciones autónomas. Hemos soñado al mundo, dice Borges, como algo duradero y estable en el tiempo, pero de vez en vez consentimos la creación de tenues grietas en la lógica de su arquitectura para recordar su origen.

Una de esas grietas es descrita por el escritor Michael Talbot, al reportar una experiencia con el hipnotismo: a mediados de la década de los setenta, en una reunión realizada en su casa, fue invitado un hipnotizador profesional, quien eligió a uno de los amigos de su padre, llamado Tom, como conejillo de Indias. Era la primera vez que se habían visto. En unos cuantos segundos Tom se sumió en un trance profundo. Surgieron los trucos usuales que se ven en los espectáculos de los ilusionistas: lo convenció y dejó boquiabierto con la impresión de que había una jirafa en el cuarto; le dijo que una papa era realmente una

manzana que comió con gusto. Hasta aquí estamos ante lo que podría esperarse de una profunda experiencia de sugestión. Antes de que terminara la sesión, el hipnotizador le dijo que al abrir los ojos y salir del trance, su hija adolescente se le volvería invisible. Sentó a la muchachita directamente enfrente de su padre, lo despertó y le preguntó si la podía ver. Ella estaba a unos cuantos pasos.

Tom pasó la mirada por el cuarto atravesando el cuerpo de su hija como si no existiera. “Ella no está aquí”, respondió. “¿Estás seguro?”, le preguntó el hipnotizador, al tiempo que la hija no podía contener la risa. Tom confirmó que ella no estaba ahí.

Entonces el hipnotizador se colocó detrás de la muchacha y sacó un objeto de su bolsa de tal suerte que nadie del grupo lo viera. Era un reloj que sostenía en el respaldo de la silla en que se encontraba la hija. Ella tapaba la vista. El hipnotizador le pidió a Tom que identificara de qué se trataba. Tom se inclinó al frente, su mirada atravesó el estómago de su hija, como si ahí no hubiera más que aire, y dijo que era un reloj. El hipnotizador asintió y le pidió si podía decir cuál era la inscripción en el reloj. Tom frunció el ceño tratando de leer. Dio el nombre del dueño del reloj (una persona desconocida para los espectadores) y descifró las palabras que aparecían en la dedicatoria. En ese momento, el hipnotizador mostró a todos el reloj que fue pasando de mano en mano. Con asombro, los invitados comprobaron que lo dicho por Tom era correcto.

“Cuando hablé con Tom posteriormente —dice Michael Talbot—, me contó que su hija había sido absolutamente invisible para él. Todo lo que había visto era a un

hipnotizador que tenía un reloj dentro de la palma de la mano. Si el hipnotizador se hubiera ido sin decirle lo que estaba ocurriendo, nunca habría sabido que no estaba percibiendo la realidad que nos da el consenso normal”.

¿Lo que percibió lo vio con los ojos del otro? ¿Hasta qué grado somos creadores de lo que vemos? ¿Dónde están las fronteras entre lo subjetivo y lo objetivo?

En la física moderna se han abierto intervalos, grietas borgesianas que nos cuestionan los límites del sujeto y el objeto. El observador afecta al observado y viceversa. Por eso, el físico John Wheeler dice que más que hablar de observadores en ciencia se debería hablar de participantes.

Todo ello reanima el debate entre el idealismo y el realismo. Aunque es cierto que cada quien filtra el mundo con su propia percepción, solemos encontrarnos en la misma realidad: el Sanborns de la esquina y el volcán Popocatepetl parecen estar casi siempre, tercamente, en el mismo lugar. A pesar de que el mundo debería estar disuelto en una anarquía de percepciones individuales, Lincoln Barnett, autor del libro *El universo y el doctor Einstein* (FCE) dice que hay “un extraño orden que rige nuestras percepciones, como si realmente existiese un fundamento de realidad objetiva que nuestros sentidos traducen”. Lo externo e interno están intercomunicados: parecen ser dos facetas de la misma realidad.

En este contexto es interesante el planteamiento de Michael Talbot sobre la conexión entre la mente y el universo: no es ni subjetiva ni objetiva sino “omnijetiva”. Las grietas en los consensos simplemente revelan que —como en el cubismo— los acordes entre un ojo y un reloj pueden tener más de una cara. ■